nárquicos presentaron como cantante de ópera), que también le fue infiel. De sus dos hijos, habidos con la primera esposa, Alfonso y Gonzalo, el primero casó con la nieta mayor del general Franco y fue tan desdichado como su padre.

Las dos infantas, Beatriz y María Cristina, se casaron con aristócratas italianos de segundo rango. Del infante don Juan, en el que abdicó Alfonso XIII, ya hablaremos más adelante.

Las infantas Beatriz y María Cristina con su augusta madre.

CAPÍTULO 93

La Segunda República

La Segunda República se inauguró con excelentes auspicios y con las mejores intenciones: establecer un Estado democrático, regionalista, laico y abierto a amplias reformas sociales. El proyecto quedó, al principio, en manos de un Gobierno de coalición débil, presidido por Alcalá-Zamora e integrado por facciones de muy distinto pelaje.

Desde octubre de 1931, el presidente Manuel Azaña se esforzó por sentar las bases de una democracia moderna, formando un Gobierno integrado por Izquierda Republicana y los socialistas frente a los que moderados y republicanos católicos quedaban en franca minoría.

El líder de la UGT, Largo Caballero, al frente del Ministerio de Trabajo, organizó sindicalmente a la masa obrera, pero no pudo impedir que muchos trabajadores, descontentos por la creciente burocratización de la UGT, se inclinaran hacia el otro sindicato, la CNT, más radical y menos comprometido con el Gobierno, cuya ideología acabó identificándose con la Federación Anarquista Ibérica (FAI), más inclinada a conseguir sus objetivos por las bravas.

La izquierda en el poder, fiel a sus tradicionales postulados de clase, arremetió contra la Iglesia y el Ejército, a los que consideraba, no sin razón, sus enemigos naturales y los mantenedores del viejo régimen que la izquierda combatía. Los ateneístas que suministraron la munición dialéctica eran, algunos de ellos, capaces de componer un buen soneto, pero ignoraban la regla de tres

Manuel Azaña.

y no advirtieron que, dadas las circunstancias, lo prudente era arrimar el hombro para paliar el paro y la inestabilidad social heredados de la crisis económica mundial, y templar gaitas con la escamada derecha en lugar de enmendar la plana a la historia resucitando agravios y poniendo al cobro viejas deudas de la derrotada facción conservadora.

La secreta aspiración del Gobierno de la República era librar a la sociedad de la influencia de la Iglesia. Al «anticlericalismo estrecho y vengativo» (Madariaga *dixit*) de muchos republicanos se sumó un revanchismo frentepopulista, que cándidamente se creía en condiciones de acabar con el poder de los curas.

A ello se sumó, inevitablemente, el amiguismo y la corrupción de muchos políticos arribistas más pendientes de su promoción personal que del procomún al que decían servir. En fin, que los republicanos, como eran legos en materia de gobierno, forzaron

tanto el motor que lo quemaron. Para abrir boca declararon que la República era aconfesional, concedieron prioridad a la disolución de las órdenes religiosas, permitieron el matrimonio civil y el divorcio, y planearon arrebatar a la Iglesia, a medio plazo, la educación de la juventud, su feudo tradicional, impulsando la educación laica y multiplicando las escuelas.

La Iglesia, que sabe más por vieja que por Iglesia, se había propuesto, desde mediados del siglo XIX, controlar la educación, especialmente la de la infancia y primera juventud, cuando las conciencias son más moldeables y pueden acatar, sin cuestionarlos, los dogmas de fe.

Los gobernantes republicanos, ignorantes del tremendo poder de la institución, no solo le arrebataron esta irrenunciable parcela, sino que, además, toleraron la quema de templos y conventos por elementos incontrolados (mayo 1931) con el argumento de que un ciudadano es libre de ir por la calle con una lata de gasolina. Así, cuando el ciudadano penetraba en un templo, esparcía el líquido inflamable y le arrimaba una cerilla, ya era demasiado tarde para frustrar su propósito.

Quizá fuera la arrogancia que dan los votos. Los que tenían que dirigir el país con prudencia, vista larga y paso corto desoyeron las voces de alarma que se alzaban en su propio bando avisando de que atacando a la Iglesia enemistarían a media sociedad contra la República. Fatal error de cálculo, porque la Iglesia, a pesar de los embates del liberalismo, conservaba un inmenso peso social y disponía de miles de púlpitos desde los que señalar a las gentes de orden el origen de todos los males y sus posibles remedios. También disponían de dos mil años de experiencia en la persuasión de las masas.

Los ánimos se fueron caldeando. Incluso Azaña, una de las inteligencias más despiertas que han gobernado España (aunque sus discursos eran un poco plomizos), sucumbió a la tentación de introducir en su vocabulario mitinero la desafortunada expresión *triturar* para anunciar lo que pensaba hacer con el bando contrario.

Como la alegría no dura mucho en la casa del pobre (y el país era pobre de solemnidad), sonaron a lo lejos tambores de guerra, aguándoles la fiesta a los más discretos: el pronunciamiento de Sanjurjo (golpe de Estado de la derecha, 1932), la matanza de Casas Viejas (1933) y la Revolución de Asturias (un golpe de Estado de la izquierda socialista, 1934), en cuyos actos de clausura dejó el joven general Franco cumplida muestra de sus talentos.

La sociedad, crecientemente politizada, se hallaba escindida en dos bandos cada vez más intransigentes: derechas, predio de burgueses y ricos, e izquierdas, refugio de los parias de la tierra y desheredados en general. Católicos de toda la vida azuzados por la Iglesia, por un lado; agnósticos, muchos de ellos recientes, por el otro. Sombrero flexible, casino, club y Círculo de Labradores por un lado; gorra menestral, taberna, blusón y alpargatas por el otro. Y cada bando considerando al opuesto como una amenaza intolerable.

Dos Españas vociferantes entre las que pasaba inadvertida una tercera silenciosa y espantada. Cada una de las dos Españas farrucas pretendía catequizar a la contraria y convertirla a su estilo de vida y, si ello no fuera posible, por lo menos, exterminarla.

Dado que el país era más fértil en analfabetos y hombres de acción apasionados y montaraces que en caviladores y contemplativos, el bagaje ideológico de cada bando se redujo a media docena de consignas fáciles de recordar. Los del bando republicano, muchos de ellos personas regladas que acataban, por convicción y costumbre, la moral cristiana, fueron acomodándose, no sin cierta íntima resistencia, a los principios del amor libre; al propio tiempo, muchos derechistas de suyo disolutos volvieron a usar el escapulario y acataron, al menos externamente, el magisterio de la Iglesia. Eran contradicciones que, como el personal tenía poca costumbre de pensar por su cuenta, no fueron cabalmente advertidas por los interesados.

La Iglesia, como ya había probado casi siglo y medio antes, cuando puso al país en pie de guerra contra los franceses, extendió su manto para cobijar a la derecha descontenta y aglutinarla

en una fuerza única y coherente que repeliera los desmanes de la izquierda. La burguesía, el capital y el funcionariado, que temían por sus propiedades o sus privilegios de clase, no se hicieron de rogar y se unieron, con más o menos entusiasmo, al frente común constituyendo la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas), cuyo miembro más representativo era Acción Popular, el partido de Gil-Robles.